

«LA IGLESIA CUBANA TIENE CONCIENCIA
DE HABER ACTUADO EN CADA MOMENTO
COMO DEBÍA»

Entrevista publicada por la Revista "Familia Cristiana", 1997

Jaime Lucas Ortega Alamino fue nombrado Obispo por Juan Pablo II en 1979 y consagrado Cardenal en la magnífica sala Pablo VI de la Santa Sede, el 26 de noviembre de 1994.

Mientras recibía el abrazo del Papa, escuchó los aplausos de los 250 peregrinos católicos que le acompañaron desde la isla para la ocasión. A su regreso a nuestro país, presidió la celebración más numerosa que haya tenido lugar en la centenaria Catedral habanera: 12 mil personas lo ovacionaron y ofrecieron sus respetos al Cardenal de todos los cubanos.

Su condición de Arzobispo de La Habana le ha permitido estar en contacto con personas de todas las regiones del planeta, tanto religiosos como ateos, diplomáticos, militares, hombres de negocios, políticos y disidentes.

En la actualidad es Segundo Vicepresidente del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) y se acerca al fin de su tercer período como Presidente de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba (COCC).

El Cardenal Ortega nos habla sobre la evolución de la religiosidad en la isla durante las últimas cuatro décadas, esclarece sus referencias a la santería y expone lo que puede esperar el pueblo de la Iglesia Católica que vive aquí.

Hace tres años, en la misa de bienvenida que presidió en la Catedral habanera con motivo de su nombramiento como de la Iglesia, usted dijo que era bueno que el Papa eligiera un Cardenal cubano, pues Cuba era más que música y bellos lugares turísticos: «¡Cuba es también otra cosa!, ¡Aquí hay también vida en el espíritu!». Pero más de treinta años de un proyecto ideológico defensor del ateísmo, ¿no pueden haber tergiversado la conciencia religiosa de esta nación? ¿Puede decirse que Cuba sigue siendo un país religioso con todo el significado que ello entraña?

Estos años dejan, indudablemente, una huella en la religiosidad del pueblo. Hay una parte de la población, sobre todo de las nuevas generaciones, que ha vivido al margen de toda referencia religiosa y aun en hostilidad hacia lo religioso. Esto perdura aún y por eso digo que las huellas han quedado.

Pero en la historia de los pueblos, los fenómenos de enmascaramiento, disimulo o aparente desarticulación de las manifestaciones religiosas son frecuentes. Podrían estudiarse como un fenómeno sociológico más. Los hallamos en la Biblia. Los profetas hablan duramente contra los hijos del pueblo elegido que se dejaban arrastrar por las prácticas religiosas primitivas de los pueblos vecinos y aun algunos reyes de Israel cayeron en esto.

Más notable resulta, como lo vemos en los libros de los Macabeos, cuando se impone al pueblo una cultura que parecía superior, como la griega, y el templo de Jerusalén fue convertido en un gimnasio. Pero una cosa es el fenómeno sociológico,

cultural, masivo y, en ocasiones, despersonalizador, y otra es la fe religiosa en lo hondo del corazón del hombre.

Esta puede solaparse, no manifestarse en algunos casos, borrarse arrastrada por una corriente, pero su capacidad de generar inquietud, búsqueda y ansias no desaparece. Por eso en la fenomenología de la religión se habla del despertar religioso de hombres y pueblos.

Desde hace algunos años se vive un proceso como este en Cuba y muchos parecen descubrir de nuevo que Cuba es un país religioso, o al menos más religioso de lo que habían pensado.

Sin embargo debemos ser más agudos y universales en nuestras observaciones: *es el hombre, donde quiera que viva y de cualquier edad y condición, el que es un ser religioso*. Cuando dirigimos a él el mensaje de la fe y del amor a Dios encontramos, a veces subrepticamente, un aliado en su propio corazón.

San Agustín, después de años de vivir buscando y en ocasiones adhiriéndose a filosofías ajenas al cristianismo, llegó en la edad adulta al encuentro serio y personal con Jesucristo. De él es la frase famosa, que constituye una oración de reconocimiento: «Dios mío, Tú creaste mi corazón para ti y estará inquieto hasta que descanse en ti».

Esto es lo que pareció ignorarse en Cuba durante muchos años, aun como posibilidad: hay inquietudes en el corazón del hombre que solo Dios puede saciar.

Con el resurgir de las manifestaciones religiosas, hemos visto acercarse a la Iglesia personas que habían renunciado a su condición cristiana, negaron su fe católica y abrazaron un proyecto social que debió satisfacer también sus necesidades espirituales. Cuando se refieren a las experiencias vividas de carencias y dificultades, algunos hablan incluso de «castigo de Dios» a un pueblo que se apartó de Él y le dio la espalda. ¿Dios castiga así o se puede hablar más bien de una conciencia religiosa de culpa por su falta de responsabilidad, de una parte importante, no solo cuantitativa sino cualitativa de la población cubana?

A los períodos de enmascaramiento, y aun de aparente despreocupación religiosa, suceden normalmente los de toma de conciencia: se redescubre el lugar que debe ocupar Dios en la vida. Así pasó con el pueblo de Israel en la Antigua Alianza. Son varios los salmos donde se ve, en las calamidades que sufre el pueblo elegido de Dios, la mano del Señor, que quiere hacer descubrir a su pueblo el error y el pecado que cometió al olvidarlo a Él.

No es desacertado decir que se trata del reflejo de una conciencia culpable, porque en la Biblia, en los libros proféticos, Dios asegura su amor inquebrantable a su pueblo: «Puede una madre olvidarse del Hijo de sus entrañas, pero yo no me olvidaré de ti, Israel».

Ante esa conciencia culpable, que se manifiesta entre nosotros en el modo de decir de muchos: *¿cómo pude yo no bautizar a mis hijos?, ¿cómo no les enseñé lo importante que es la fe en Dios?*, yo repito siempre esas palabras de ternura y comprensión del Antiguo y del Nuevo Testamento. Quizá las más concluyentes y definitivas son las de Jesús: «Yo no he venido a condenar al mundo, sino a salvarlo».

En los últimos tiempos, usted se ha referido varias veces al intento de presentar la santería como religión oficial y ha levantado la voz con firmeza para defender la condición cristiana del pueblo cubano. Algunos han interpretado esto como una ofensiva contra las manifestaciones religiosas afrocubanas. ¿Es realmente así?

Este aparente intento se ha presentado en entidades que elaboran la propaganda turística y organizan sus actividades, en los medios de comunicación, radio y televisión, en publicaciones, etc. Cuando me he referido a esta amplia difusión he utilizado el término «religión oficial» no para indicar que las estructuras del Estado la consideran así, sino que toda esa referencia propagandística a ese fenómeno religioso lo puede hacer aparecer con esas características.

Sé que esto también molesta a no pocos creyentes más o menos sincréticos que ven vaciarse de contenido religioso sus cantos y sus ritos para convertirlos en folclore y, a veces, en espectáculo.

Estos creyentes saben bien, por otra parte, que la Iglesia Católica siempre los ha acogido con comprensión y amor cristiano. La inmensa mayoría ellos se sienten católicos, bautizan a sus hijos, piden la celebración de la Misa por sus difuntos, van a muchas fiestas religiosas de la Iglesia y nunca los hemos considerado como pertenecientes a una «religión aparte». Tampoco la inmensa mayoría de estos hermanos se considera así.

Y es esto lo que me produce mucho dolor: que desde el mundo de la propaganda y del negocio y, a veces, a partir de algunos presupuestos teóricos de estudiosos de la cultura afrocubana, se intente separar a aquellos que tienen una clara referencia católica en sus vidas y en su fe, de la Iglesia que sienten como suya y a la cual miran con amor y respeto.

La ofensiva hoy no es contra esos hermanos nuestros de fe religiosa popular, sino contra quienes pretenden desgajarlos del tronco cristiano. Pero no llega a ser una ofensiva, es solamente una puesta en guardia.

El Papa Juan Pablo II, en sintonía con el Concilio Vaticano II, ha hecho grandes esfuerzos en la senda del ecumenismo. La unidad de los cristianos es uno de los proyectos que reclaman atención dentro de la Iglesia Católica de cara al Tercer Milenio de la Era Cristiana, pero es cierto que en Cuba no se ha avanzado mucho en este punto.

Qué ha pasado aquí con el ecumenismo?

El ecumenismo en Cuba corrió más o menos la misma suerte que en el resto del mundo y, sobre todo, que en América Latina.

Después del Concilio Vaticano II, el entusiasmo ecuménico creció rápidamente y en los finales de la década del 60 y comienzos de la del 70 se llevaron a cabo múltiples iniciativas, como jornadas de oración con la participación de cristianos de distintas Iglesias. Más tarde se produjo un estancamiento y un retroceso.

Creo que la relación personal entre cristianos de diferentes Iglesias en Cuba en general es buena, así como entre muchos sacerdotes y pastores, pero no se emprenden habitualmente acciones en común.

Hay en América Latina, con respecto al ecumenismo, una situación de la que en Cuba somos partícipes en menor grado. Se trata de la aparición y fortalecimiento de grupos cristianos que no tienen las características de las Iglesias tradicionales, como la Episcopal, la Presbiteriana o la Metodista. Con estas Iglesias que acabo de mencionar ha sido más fluida la relación ecuménica, tanto en América Latina como en Cuba. Con algunos grupos de estilo pentecostal y otros muy agresivos en su propaganda anticatólica, los intercambios se hacen más difíciles. Pero creo que un trabajo ecuménico debe incluir también a esos hermanos nuestros llamados a veces, de un modo no muy conveniente, fundamentalistas. Ellos se esfuerzan por vivir y proclamar valores cristianos, tienen celo misionero y actúan en consecuencia con espíritu de sacrificio. Desde el punto de vista de la fe y de su postura ética a pesar de sus ataques a la Iglesia Católica, no están tan distantes de nosotros como algunos piensan.

Cualquier diálogo ecuménico en Cuba, como en América Latina, debe incluir a esos hermanos cristianos que dan tantos signos de fidelidad y vitalidad. La ya tradicional divisa: «hay más cosas que nos unen que las que nos separan» sigue siendo válida.

Varias veces, los obispos cubanos en conjunto, y usted de modo particular, se han referido a una necesaria reconciliación de todos los cubanos, incluyendo a aquellos que viven fuera de nuestro pueblo. Hay heridas abiertas en uno y otro lado que hacen difícil aceptar la propuesta de reconciliación, incluso muchos que se llaman cristianos se resisten a perdonar. ¿No será esta una propuesta utópica, imposible de lograr? ¿Por qué seguir hablando de reconciliación y no limitarse a esperar que el tiempo pase la página?

Un cristiano no puede dejar nunca que el tiempo logre lo que nosotros debemos hacer. El eje central del mensaje de Jesucristo es el amor. Pero, para que no se confundiera ese concepto con un simple sentimiento o con una veleidad, Jesús definió en múltiples ocasiones las características de ese amor: «Ama a tu enemigo... reza por quien te persigue... si es necesario perdona setenta veces siete...».

«Si al presentar tu ofrenda ante el altar te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, ve primero a reconciliarte con tu hermano y después trae tu ofrenda».

Como se ve, ni el perdón, ni la reconciliación, como el mismo amor al prójimo: «Ámense unos a otros», son propuestas para tomar o dejar; son la médula del cristianismo y en poner en práctica esos mandatos de Jesús nos va el ser o no cristianos. «No todo el que dice Señor, Señor, entrará por eso en el Reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad del Padre...». Y como he dejado la palabra a Jesucristo en esta respuesta, termino con una frase de Él cuando presentaba su enseñanza con todas sus exigencias: «quien tenga oídos para oír, que oiga».

Para la visita del Papa Juan Pablo II a Cuba ha sido necesario un trabajo conjunto entre la Iglesia y el Estado, algo realmente extraordinario para ambas partes, pero esto solo se refiere a la visita mencionada. ¿Debe suponerse que el diálogo continuará después? ¿Cuán importante puede ser este diálogo?

Yo no me atrevería a calificar de diálogo el trabajo conjunto de la comisión Iglesia-Gobierno para la preparación de la visita del Papa Juan Pablo II. Creo que se trata de

una acción coordinada, imprescindible para que se lleve a cabo con éxito la visita del Santo Padre.

Puede ser, sin embargo, muy positiva la puesta en contacto de laicos católicos y sacerdotes con diversas estructuras administrativas y políticas, pues esto los hace sentirse menos distantes de las estructuras existentes. También permite a esas instancias gubernamentales conocer mejor a los católicos. Todo diálogo tiene como premisa el conocimiento y aceptación de las personas que se van a relacionar. Esto puede ser un buen paso para el futuro. Ha habido relaciones de buen trato y respeto entre la Iglesia y la Oficina de Asuntos Religiosos desde hace casi 25 años. Pero no podemos considerar esas relaciones como diálogo, pues se refieren a la solución de problemas prácticos para la vida de la Iglesia, la obtención de los más variados permisos, la solución de algún conflicto. Más bien se siente la Iglesia como ante una Oficina Administrativa que no concede siempre lo que se solicita.

Para el diálogo se necesitan varias condiciones:

Primero, que la Iglesia no se vea ante una instancia oficial de la cual dependa para su acción, sino que el encuentro, aun siendo oficial, tenga las características de una revisión reflexiva de la situación entre personas capaces de tomar decisiones para el futuro.

Segundo, el diálogo indispensable en nuestro país debe ser en profundidad, sobre el papel de la Iglesia en la vida de los cubanos, su acción positiva en la sociedad, sus derechos y deberes según la misión que Jesucristo le ha confiado. En tercer lugar, que permanezca siempre después una actitud de intercambio: que se entienda que el diálogo es encontrarse para llegar a acuerdos y no una posibilidad de hablar de todos los temas y volver a tratarlos una y otra vez.

Considero esto necesario para la vida de la Iglesia; sin embargo, por las experiencias tenidas hasta ahora, sobre todo en este año de la preparación de la visita del Santo Padre, no preveo que pueda realizarse en un futuro próximo.

En las últimas cuatro décadas, la Iglesia Católica cubana ha vivido experiencias singulares. Por un tiempo fue considerada «enemiga» de la Revolución; perdió poder, influencias, propiedades, miembros, vocaciones... De otro lado, los enemigos políticos de la Revolución han criticado a la Iglesia, la acusan de haber guardado silencio. Esta situación entre dos fuegos la ha llevado a vivir duras pruebas. Pero, más allá de las diferencias políticas entre bandos opuestos, ¿cree usted que la Iglesia cubana ha «pasado la prueba»?

La Iglesia cubana tiene conciencia de haber actuado en cada momento como debía. Sus obispos, nuestros fieles, sacerdotes, religiosos y religiosas de Cuba lo sienten así.

Por otra parte, el no recibir plena aprobación ni de unos ni de otros es un sello de autenticidad. Nuestra misión no se sitúa en la escala política, en esa línea donde derecha, izquierda y centro son lugares comunes de ubicación. Situarse por encima, en la altura de la fe y del amor a Dios, es lo más vulnerable, allí todos pueden atacarte. Pero no olvidemos que Cristo fue levantado en lo alto de la Cruz y desde allí, adolorido y abandonado, contempló al mundo. En estos años, los obispos de Cuba hemos asumido la altura dolorosa del Calvario. Desde allí, dejamos que sea nuestro Maestro quien responda por nosotros: «Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen».

La Providencia ha querido que fuéramos los últimos, con respecto a América Latina, en la visita del Papa. Pensando en el tiempo y sus efectos, recuerdo ahora su conversación con los jóvenes en la Jornada Diocesana de la Juventud celebrada el pasado agosto. Usted dijo que le preocupaba más el momento posterior a la visita del Sumo Pontífice, ¿por qué?, ¿cuál es el desafío de la Iglesia para ese después?

Mis respuestas hasta aquí esbozan los desafíos: un diálogo con el Estado que está por comenzar en serio y que no tuvo avances durante el año de preparación de la visita del Papa, así como un crecimiento de la vida de la Iglesia, la cual necesita de medios pastorales que aún no tenemos.

Pero también existe certeza de transformaciones primordiales, que se producen ya con la visita del Santo Padre: un cambio de los corazones, un redescubrimiento de los valores cristianos, un gozo al descubrir o reencontrar la fe, una libertad interior que produce alegría y esperanza.

El gran desafío para después es sostener y alentar estas riquezas espirituales que quedan al descubierto con la visita de Juan Pablo II.

Con más de treinta años de sacerdote, dieciocho de obispo y tres como Cardenal, ¿cómo aprecia el pasado reciente, el presente y el futuro de la Iglesia que vive en Cuba? ¿Qué pueden esperar de ella los no católicos?

El pasado reciente: un despertar; el presente: una gigantesca toma de conciencia; el futuro: una esperanza que nos llevará por caminos insospechados.

Los no católicos pueden esperar de la Iglesia en Cuba todo nuestro esfuerzo por el bienestar, la felicidad y la paz del pueblo cubano. En esta perspectiva se produce la visita del Santo Padre, su mensaje nos afianzará a todos en estos propósitos.